

Domingo XII – No escondamos nuestra fe

El evangelio de hoy es la continuación del domingo anterior, en el cual San Mateo nos refería el llamado de los Doce, su envío misionero y las instrucciones para su misión. Hoy Jesús continúa con las instrucciones, repitiendo con insistencia “No tengan miedo”: “no tengan miedo a los hombres”, “no teman a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma”. Es claro que Jesús prepara a los apóstoles para enfrentar la posibilidad de un rechazo violento de su anuncio, incluyendo la posibilidad del martirio (“matar el cuerpo”). Pero les da dos razones para no temer y vacilar:

1) “No hay nada oculto que no deba ser revelado, y nada secreto que no deba ser conocido”. Muchas religiones antiguas tenían secretos (“misterios”), que sólo eran conocidos por pocos iniciados, pero no se debían difundir. El Evangelio, en cambio, es para todos. El Padre ha dispuesto irrevocablemente que sea revelado a todos. Y los discípulos tienen la responsabilidad de dar cumplimiento a esa voluntad, de proclamar la Buena Noticia sin guardarse nada. “Lo que yo les digo en la oscuridad, repítanlo en pleno día; y lo que escuchen al oído, proclámenlo desde lo alto de las casas”.

2) Pero anunciar el Evangelio sin reparar en las consecuencias (incluso, la muerte) sólo es posible a partir de una confianza incondicional en la Providencia D. A esto los anima Jesús con una comparación: “¿Acaso no se vende un par de pájaros por unas monedas? Sin embargo, ni uno solo de ellos cae en tierra, sin el consentimiento del Padre que está en el cielo. No teman entonces, porque valen más que muchos pájaros”. Sólo una confianza sin reservas en el amor de Dios puede dar a los apóstoles la libertad interior para no dejarse intimidar por la consideración de los peligros de su misión.



Rembrandt, *Jesús y sus discípulos* (1634, Museo Teylers en Haarlem, Países Bajos)

Todo esto puede parecernos lejano a nuestra situación. Aunque aún hoy muchos cristianos en el mundo sufren persecución, en nuestro caso difícilmente tengamos que padecer violencia por profesar nuestra fe. Y, sin embargo, también nosotros podemos ser víctimas del miedo (ej. miedo a ser ridiculizados, menospreciados, mal vistos,

rechazados, marginados o cancelados). Si hablamos de Dios, pueden considerarnos irracionales; si proclamamos a Jesucristo como único Salvador, nos tildan de fundamentalistas; si mencionamos la vida eterna, nos acusan de evadirnos de esta vida; si hacemos referencia a la muerte eterna, nos dicen que nuestro Dios es cruel; en consecuencia, plantear la necesidad de salvación se ve como un exceso de dramatismo; el pecado es anacrónico: en todo caso, hay errores o, más bien, opciones personales que no podemos juzgar; y si no podemos juzgar lo que está bien o mal, defender

sacralidad de la vida (contra el aborto y la eutanasia) es interpretado como un intento de imponer nuestras ideas a todos; si hablamos de sexualidad somos obsesivos; si hablamos de familia nos responden que hay muchas “familias”, y que todas tienen el mismo valor; y si, para no ser acusados de entrometernos en la vida privada nos refugiamos en los temas sociales, estamos condenados a repetir obviedades para no caer en la incorrección política.

En resumen, nuestra fe, que debería ser proclamada a los gritos desde las terrazas corre el riesgo de convertirse en una religión muda, secreta, para la vida privada. No es que todos tengamos que hablar de todo, todo el tiempo. En la Iglesia hay diferentes responsabilidades. Pero todos enfrentamos constantemente la alternativa de proclamar o callar el Evangelio, de ponerlo en práctica o ignorarlo: al tomar decisiones, al aconsejar o corregir, al dar razón de nuestra fe, al dar testimonio público (porque nuestra fe no es sólo un asunto privado, sino que es una toma de posición pública). Y en todas estas situaciones el miedo a consecuencias no queridas puede frenarnos.

Por eso las palabras de Jesús a los apóstoles valen también para nosotros. “No hay nada oculto que no deba ser revelado”: No tenemos autoridad para decidir qué ocultar y qué manifestar, qué callar o decir. “No teman a los que matan el cuerpo”: no nos dejemos intimidar por las reacciones negativas, porque lo que está en juego es algo mucho más importante: nuestra integridad espiritual, nuestra fidelidad a Dios, a nuestra conciencia, al bien de nuestros hermanos. Pero Jesús nos asegura: a los ojos de Dios, nosotros “valemus más que muchos pájaros”. Por eso, cuando nuestro deber como creyentes está claro, no debemos ceder ante las posibles consecuencias de nuestro obrar, sino ponerlas en manos de Dios.

Comenzamos hablando del martirio. Sería un error verlo como un tema que no tiene nada que ver con nosotros. Recordemos que los primeros santos de la Iglesia fueron los mártires, sin necesidad de ninguna canonización oficial, por el solo hecho de haber sido perseguidos por “odio a la fe” y de haber dado la vida por Cristo. No se los veía simplemente como casos excepcionales, sino también como testimonio de algo que es propio de toda vida cristiana: la fidelidad incondicional a Jesucristo. Por ello, la veneración a los mártires se extendió después a los “confesores”, los que perseveraron en la fe hasta el fin, frente a todas las dificultades, aunque no tuvieron necesidad de sacrificar sus vidas.

Probablemente no estemos llamados a ser mártires, pero sí a ser confesores. Vivir seriamente la vida cristiana requiere un gran coraje, porque no se trata de ser cristianos sólo en el secreto de nuestra conciencia sino también públicamente, a los ojos de todos. Que tengamos la valentía reconocer a Jesús abiertamente ante los hombres, para que Él nos reconozca también ante nuestro Padre que está en el cielo.

P. Gustavo Irrazábal